



El teatro también se lee

En pleno invierno franquista, con los presidios abarrotados por los vencidos y el estraperlo como oneroso paliativo al drástico racionamiento alimentario, en una venerable ciudad de la meseta castellana el pequeño salón de actos registra media entrada. En el estrado, frente a los allí reunidos, se han dispuesto unas mesas provistas de tantas lamparitas como personajes tiene la obra que va a ser leída: *El divino impaciente*, de José María Pemán. El chaval que asiste a la velada toma así contacto por primera vez en su vida con el teatro, aunque bien es verdad que lo hace de una forma si no plenamente espuria, evidentemente incompleta, mutilada, y en el caso que nos ocupa decisiva en la posterior evolución del joven espectador con el arte escénico. Cuando interviene el protagonista de la pieza en cuestión (director y primer actor de una compañía de aficionados, pero absolutamente convencido de portar la antorcha declamatoria que en su día encendiera Isidoro Máiquez) y los petulantes ripios del denodado misionero retumban en la sala, la lucecita que permanece encendida mientras dura su parlamento se ve poblada de inquietas chiribitas que, sin la menor duda, son producidas por los «perdigones» que expele quien encarna al santo navarrico. Pocos meses después, ya en un teatro con todas las de la ley, el chaval asiste a una espectacular función del vociferante y entonces famoso Enrique Rampal, pero que al jovenzuelo le parecerá otro excretor de «perdigones» con disfraces, candilejas y profusión de trucos y escotillones.

Con el paso de los años el muchacho se ha hecho un hombre, ha afinado su gusto por la palabra y las ideas, lo que le permite apreciar la mortal aporía en la que se ve encapsulado Willy Loman; la suicida necrofilia de Simeón Julepe; los elocuentes gruñidos de la muda Kattrin; el horror y la compasión que suscita el bamboleante cuerpo de Adela; la tremebundas palabras de Pozzo: «Dan a luz a horcajadas sobre la sepultura, la luz brilla un instante, y de nuevo se hace la noche»; la revolucionaria lucidez del cura Roux.



Han pasado más de veinte años y no consigue creerse, sentir verdaderamente, lo que sucede sobre las tablas. Necesita leerlo, decírselo en soledad, y evitar así la incontinencia verbal y gestual de los actores, las toses, los comentarios hechos en voz alta, los codos que invaden tu butaca, los inoportunos aplausos, ese infierno que son los demás. Así que decide volver a los teatros y entrar a saco en la lectura de lo mejor que se haya escrito para estos: Esquilo, Plauto, Marlowe, Shakespeare, Visen, Strindberg, Chejov, Sartre, Genet, Camus... se suman a lo ya visto y también leído. Y en la alta noche, sin testigos, se convierte en director de escena y presta su voz a héroes y heroínas, villanos y gentes de toda laya y condición.

Una madrugada, momentos antes de que caiga el telón de la obra que lee en alta voz, dice su personaje (según la acotación, en un tono bajo, a media voz): «Llévese de aquí, adonde sea, a Irina Nikoláievna. Konstantín Gavrílovich se ha suicidado». Y las lágrimas que ruedan por las mejillas del lector son la mejor confirmación de que no se ha equivocado. ■

Javier Roca